

Al día siguiente volví: Rafael había muerto aquella noche. La campana del pueblo inmediatamente comenzaba á doblar por él. Las mujeres y los niños salían de la puerta de su casa, y lloraban dirigiendo su vista á la casa de Rafael. ¡Se veía en un pequeño campo verde, junto á la iglesia, á dos hombres cavaban la tierra; y que abrian un hoyo al pie de una cruz!...

Me aproximé á la puerta; una nube de golondrinas revoloteaba y chillaba alrededor de las ventanas abiertas entrando y saliendo sin cesar, como si hubieran destrozado sus nidos.

Yo comprendí más tarde, al leer estas páginas por qué se rodeaba de estas aves, y qué recuerdos traían á su memoria hasta sus últimos momentos.

RAFAEL

I

Hay sitios, climas, estaciones, horas, circunstancias exteriores, tan en armonía con ciertas impresiones del corazón, que la naturaleza parece que forma parte del alma, y el alma de la naturaleza, y que si separáis la escena del drama, y el drama de la escena, la escena pierde el colorido y el sentimiento se evanece. Quitad las costas escarpadas de Bretaña á René, las sábanas del desierto á Atala, las brumas de la Suavia á Werther, las olas empañadas del sol á las calurosas llanuras á Pablo y Virginia, y no comprenderéis ni á Chateaubriand, ni á Bernardino Saint-Pierri, ni á Goethe. Los lugares y las cosas están unidos por un lazo íntimo, porque la naturaleza es una en el corazón del hombre como en sus ojos. Nosotros somos hijos de la tierra. La misma vida corre en su savia y en nuestra sangre. Todo que la tierra, nuestra madre, parece que siente y ve á los ojos en sus formas, en su aspecto vario, en su fisonomía, en su esplendor ó en su melancolía tiene en nosotros su repercusión. No se puede comprender bien un sentimiento más que en los lugares donde se concibe.

II

A la entrada de la Saboya, laberinto natural de profundos valles, que descienden como otros tantos lechos de los torrentes del Simplón, de San Bernardo y del monte Cenís hacia la Suiza y la Francia, un gran valle más ancho y menos encajonado, destaca hacia Chambery del nudo de los Alpes, abre su lecho de verdura, de ríos y de lagos hacia Ginebra y Anneci, entre el monte Chat, y las montañas naturales de los Beauges.

A la izquierda, el monte Chat elévase durante leguas hacia el cielo una línea alta, sombría, uniforme; sin ondulaciones en su cima. Se podría tomar por una muralla inmensa tirada á cordel. Apenas en su extremo oriental dos ó tres dientes agudos y pardo peñasco interrumpen la monotonía geométrica de su forma, y recuerdan al que la mira que es la mano del hombre, sino la mano de Dios, que ha podido jugar con estas masas. Hacia Chambery los pies del monte Chat se extienden con cierta inclinación por la llanura. Al descender forman algunas escalones y laderas cubiertas de pinos, de nogales y de castaños, enlazados con viñas que los rodean. A través de esta vegetación espesa y salvaje, se ven blanquear á lo lejos casas de campo, elevarse los campanarios de los pobres pueblos, ó negrear las viejas torres de los castillos almenados de otra época. Más abajo la llanura, que fué en otro tiempo un vasto lago, conserva la hondura, las riberas de las islas, los cabos salientes de su antigua forma. Únicamente se ven ondear las hojas verdes ó amarillentas de los álamos, de las praderas y de las mieses. Algunas mesetas algo más elevadas, y que fueron en otro tiempo islas, descuellan en medio de este valle pantanoso. En ellas aparecen algunas casas cubiertas de musgo y rastros; y ocultas entre las ramas. Más allá de

de un lago seco, el monte Chat, más desnudo, más pelado, más áspero, hunde á pico sus pies de piedra en el lecho de un lago azul como el firmamento, donde reposa su cabeza. Este lago, que tiene unas seis leguas de longitud, sobre una anchura que varía de una á tres leguas, está profundamente encajonado en el lado de Francia. Por la parte de Saboya, por el contrario, se insinúa sin obstáculo en pequeñas bahías y golfos entre dos riberas cubiertas de viñas, de parras y viñas altas, de higueras que mojan sus hojas en el agua. Van á morir, perdiéndose en la vista, al pie de las rocas de Chatillón; estas rocas se abren para dejar salida al lago hacia el Ródano. En la abadía de Haute-Combe, tumba de los príncipes de Saboya, se levanta sobre un contrafuerte de granito por el Norte, y proyecta la sombra de sus vetustos claustros sobre las aguas del lago. Cuando el día del sol por la muralla del monte Chat, este edificio, recuerda, por medio de la obscuridad que le rodea, la noche eterna que rodea á los príncipes que bajan desde el trono á la fosa. A las siete de la tarde un rayo de sol del ocaso lo ilumina y se reverbera un momento sobre sus muros, como si quisiera enseñar, al morir el día, el puerto de la vida de los hombres. Algunas barcas de pescador, cubiertas de velas, se deslizan silenciosamente por las aguas profundas, bajo las rocas escarpadas de la montaña. El movimiento de sus costados los hace confundir por su semejanza con la tinta sombría de las rocas. Águilas de plumas grises se ciernen sin cesar encima de las rocas y de las barcas, como para disputar su presa á los pescadores, ó para cojer los pajaros pescadores que se esconden en el surco de estos bateles á lo largo de las riberas.

III

pequeña ciudad de Aix, en Saboya, humeante, y odorífera por los manantiales de sus aguas

calientes y sulfurosas, esta escalonada sobre la alta y rápida ribera de viñas, de prados y de laderas levantadas como islas, y los dientes de las que se extienden á alguna distancia de ella. Montañas como cabos ó escollos sobre el Océano. La calle de álamos seculares, semejantes á esas rálagas de viento templado del Mediodía barrián de tejos interminables que conducen en Turada esta espuma de la tierra cuando el sol se había retirado de los sepulcros, une la ciudad con el elevado en los cielos. Estos vientos, engolfados en derecha é izquierda de este camino, praderas y gargantas de estas montañas; estas aguas y estos pozos entrecortados por los cauces pedregosos, todos tienen murmullos sonoros, tristes, melodiosamente secos, de los torrentes de las montañas, fuertes ó imperceptibles, que parecen recorrer estas sombreadas por nogales gigantescos, y á algunos minutos todo el diapason de la alegría, las ramas las viñas robustas, como las liañas de la vida, ó de la melancolía de la naturaleza. El cauce, suspenden sus pampanos y racimos. Se me movía hasta el fondo: después se desvanecían, bajo estos nogales y estas viñas, el silencio como las conversaciones de los espíritus celestiales que centellea ó palidece, según las nubes y las horas, que han pasado y que se alejan. Silencio tal como el oído no percibe jamás en ninguna parte, les sucede y apaga en nosotros hasta el ruido de la respiración. El cielo recobraba esa serenidad propia de la mañana. Los Alpes se ocultaban en un firmamento sin nubes; las gotas de la niebla de la mañana caían resaca en las hojas muertas, ó brillaban como cenizas en los prados. Estas horas eran cortas. Las sombras azules y frescas de la tarde se deslizaban rápidamente, desplegadas como un lienzo sobre estos horizontes que habían gozado apenas de sus últimos días. Parecía que la naturaleza moría, pero como si quisiera la juventud y la belleza, en toda su hermo-
sura y con toda su tranquilidad.

IV

Quando llegué á Aix había ya partido la multitud. Las fondas y los salones, donde se reunían durante el estío los extranjeros y los ociosos, estaban vacíos. Ya no quedaban más que algunos pobres enfermos sentados al sol, en el umbral de las puertas de las hosterías más pobres, y algunos enfermos que arrastraban sus miembros lánguidos pasados las horas calientes del medio día, bajo las hojas que se desprendían de los álamos durante la

V

Era el otoño dulce, pero precoz. Es esta la estación en que las hojas heridas por el rocío, y que caen un instante de tintas rosas, llueven abundantemente de las viñas, de los guindos y de los castaños. Las nieblas se extendían hasta el medio día, y las anchas inundaciones nocturnas en el fondo de los valles, no dejando sobre ellos más que las cimbras

de la llanura, ocultas por los más altos álamos de la llanura, que se elevan como islas, y los dientes de las montañas como cabos ó escollos sobre el Océano. La calle de álamos seculares, semejantes á esas rálagas de viento templado del Mediodía barrián de tejos interminables que conducen en Turada esta espuma de la tierra cuando el sol se había retirado de los sepulcros, une la ciudad con el elevado en los cielos. Estos vientos, engolfados en derecha é izquierda de este camino, praderas y gargantas de estas montañas; estas aguas y estos pozos entrecortados por los cauces pedregosos, todos tienen murmullos sonoros, tristes, melodiosamente secos, de los torrentes de las montañas, fuertes ó imperceptibles, que parecen recorrer estas sombreadas por nogales gigantescos, y á algunos minutos todo el diapason de la alegría, las ramas las viñas robustas, como las liañas de la vida, ó de la melancolía de la naturaleza. El cauce, suspenden sus pampanos y racimos. Se me movía hasta el fondo: después se desvanecían, bajo estos nogales y estas viñas, el silencio como las conversaciones de los espíritus celestiales que centellea ó palidece, según las nubes y las horas, que han pasado y que se alejan. Silencio tal como el oído no percibe jamás en ninguna parte, les sucede y apaga en nosotros hasta el ruido de la respiración. El cielo recobraba esa serenidad propia de la mañana. Los Alpes se ocultaban en un firmamento sin nubes; las gotas de la niebla de la mañana caían resaca en las hojas muertas, ó brillaban como cenizas en los prados. Estas horas eran cortas. Las sombras azules y frescas de la tarde se deslizaban rápidamente, desplegadas como un lienzo sobre estos horizontes que habían gozado apenas de sus últimos días. Parecía que la naturaleza moría, pero como si quisiera la juventud y la belleza, en toda su hermo-
sura y con toda su tranquilidad.

Semejante país en tal estación, tal naturaleza, tal juventud y tal languidez de todas las cosas que rodeaban, era una maravillosa consonancia de la propia languidez. Ella la acrecentaba embelleciéndola. Yo me sumía en abismos de tristeza. Pero esta tristeza era vida, bastante llena de pensamientos, de impresiones, de comunicaciones íntimas con el infinito, de claro obscuro en mi alma, para que no deseara sustraerme á ella.

Enfermedad del hombre, pero enfermedad cuyo estímulo mismo es un atractivo en lugar de ser dolor, y en el que la muerte se parece á un voluntarioso desvanecimiento en lo infinito. Me hallaba vuelto á entregarme completamente á él en lo su-

cesivo; á separarme de toda sociedad que podía traerme, y encerrarme en el silencio, la soledad, la indiferencia, en medio de la gente que encontraba allí; mi aislamiento de espíritu era un lienzo, á través del cual no quería ver ya á los hombres, sino la naturaleza y á Dios.

VI

Al pasar por Chambéry, había visto á mi amigo Luis de***. Lo había hallado en la misma disposición que estaba yo mismo; sabio separado, con disgusto por el fastidio de la vida, genio desconcertado, alma replegada en sí misma, cuerpo fatigado por el pensamiento. Luis me había indicado una casa sencilla y tranquila en lo alto de la ciudad de Aix, donde se recibían los enfermos á pupilo. Esta casa habitada por un buen anciano, médico retirado y su mujer, no se comunicaba con la ciudad más que por un estrecho sendero. Este camino subía al borde de los arroyos de las aguas termales. La espaldera de la casa daba á un jardín rodeado de pórticos y parrados. Más allá, prados en cuesta, y bosques de castaños y nogales conducían á las montañas por senderos alfombrados de menuda yerba donde se encontraba la habitación más retirada de su casa. Jamás me había prometido venir á vivir conmigo á la casa, apenas hubiera arreglado algunos asuntos que me tenían en Chambéry desde la muerte de su marido. Su presencia debía serme grata, porque sus ideas y la mía se comprendían por su desencanto. Su sufrimiento mismo es mucho mejor que gozar del mismo mundo. El dolor tiene lazos más estrechos que la felicidad para ligar dos corazones. Luis era en este momento el único sér cuyo contacto no me fuera doloroso, lo esperaba sin impaciencia.

VII

Fui recibido con azasajo y bondad en casa del anciano médico. Diéronme una habitación cuya ventana daba al jardín y á la campiña. Casi todas las demás habitaciones estaban desocupadas. La mesa larga del comedor, servida por la familia, estaba desierta también. No reunía á las horas de comer más que la gente de casa y tres ó cuatro enfermos retirados de Chambéry y de Turín, estos enfermos venían á los baños después del gran concurso para hacer las habitaciones más baratas, y una vida económica conforme con su pobreza. No había nadie con quien yo pudiera conversar ó contraer alguna familiaridad de azar; el médico y su mujer lo sentían mucho.

Ellos se excusaban con lo tardío de la estación ó con los convidados que habían marchado demasiado pronto. Sólo hablaban con entusiasmo visible y con un respeto tierno y compasivo de una joven enfermera, detenida en los baños por una languidez que se temía degenerase en una consunción lenta. Vivía ella sola con una camarera, hacía algunos meses, la habitación más retirada de su casa. Jamás iba á la sala común. Comía en su cuarto; se la veía únicamente en la ventana que daba al jardín, á través de las cortinas del emparrado ó en la escalera cuando volvía de recorrer sobre un borriquillo las montañas de las montañas.

Yo tenía compasión de esta mujer abandonada en un país extranjero; enferma, puesto que yo, sola en país extranjero; enferma, puesto que yo buscaba la salud; triste, porque evitaba el bullir hasta las miradas de la gente. Pero yo no detestaba verla á pesar de la admiración que causaba á mi alrededor por su gracia y su belleza. Lleno el corazón de cenizas, cansado de miserables y precarias existencias, de las cuales ninguna, excepto la de la

pobre Antonia, había sido conservada con seriedad en mi memoria; avergonzado y arrepentido por relaciones ligeras y desordenadas; ulcerada por mis faltas; seca y árida por el disgusto de tener pasiones; tímido y reservado por naturaleza, teniendo esta confianza en sí mismo que llevaba a otros hombres á buscar aventuras y familiaridad casuales; yo no pensaba ni en ver ni en ser visto. Pensaba mucho menos en amar. Gozaba por el contrario, con áspero y falso orgullo de haber alcanzado para siempre esta puerilidad en mi corazón, bastarme á mí mismo para sufrir ó para sentir el dolor bajo. Había perdido la esperanza en la felicidad.

Pasaba los días en mi habitación con algunos libros que mi amigo me enviaba de Chambery. Después del medio día recorría solo los sitios altos de las montañas, que limitan por el lado de la valle de Aix. Por la noche, después de cenar, estaba en mi aposento, y pasaba horas enteras recorriendo en la ventana. Contemplaba este firmamento que induce el alma á pensar, del mismo modo que el abismo al que se asoma á él, como si tuviera secretos que revelar. Me adormecía en este mar de pensamientos, sin buscar su orilla; despertaba con los rayos del sol y con el murmullo de las fuentes. Después de tomar mi baño, emprendía las mismas excursiones del día anterior.

Algunas veces, al asomarse por la noche en la ventana del jardín, veía otra ventana abierta, iluminada por una luz á pocos pasos de la mía, en la que una mujer recostada como yo que separaba con la cabeza de su frente, las largas trenzas negras de cabellos oscuros para mirar también el jardín alumbrado por la luna, el cielo y las montañas. Yo no distinguía en ella un claro obscuro más que un perfil puro, palido y transparente, encerrado en ondas negras de una cabellera lisa y apegada á las sienas. Esta figura se destacaba sobre el fondo luminoso de la ventana, alumbrada por la lámpara de la habitación. Había también algunas veces el sonido de una voz que una mujer que pronunciaba algunas palabras;

ordenes á su camarera. El acento, ligeramente extranjero, aunque puro; la vibración un poco febril, languida, dulce, y sin embargo prodigiosamente sonora de esta voz, cuya entonación oía sin perder sus palabras; me habían conmovido. Esta voz resonaba como un eco prolongado en mi oído largo tiempo después de haber cerrado mi ventana. No oía oído otra cosa que se le pareciese, ni aún en la noche. Resonaba entre los dientes medio cerrados, como esas pequeñas liras de metal que los muchachos de las islas del Archipiélago hacen resonar en sus manos por la tarde á la orilla del mar. Era más que un sonido metálico que una voz. Yo lo había oído, sin sospechar que esta voz sonaría tan fuertemente, y para siempre en toda mi vida.

VIII

Un día, al volver antes de anochecer, por la puerta del jardín, bajo las parras, vi más de cerca á una extranjera que se calentaba con los rayos tibios del sol, sentada en un banco del jardín, colocado al lado de la fuente. Ella no había oído el ruido de la puerta que yo había cerrado, y se creía sola. Pude contemplarla mucho rato sin ser visto. No había entre nosotros más que la distancia de veinte pasos, y la cortina de un parral emparrado, ya sin hojas, á causa de los primeros froes. Su estatura aparecía mayor, como la de una mujer alta, sus piernas metidas en baños de mármol, envueltas en pliegues, cuya figura se admira, á pesar de que no se distinguen bien sus formas. Estaba envuelta en un chal de pliegues anchos y sueitos, un chal blanco que cubriendo al cuerpo, no permitía ver más que sus manos, cuyos dedos, un poco delgados y finos, se destacaban sobre sus rodillas. Daba vueltas maquinalmente á uno de esos rojos claveles silvestres que crecen bajo la nieve de las montañas, y que llaman los montañeses *poeta*. No sé por qué una punta de su chal,

levantando en forma de capuchón, cubría su para librar sus cabellos de la humedad de la Recogida en sí misma, con el cuello inclinado el hombro izquierdo, las pupilas cerradas por y negras pestañas para evitar los rayos de las facciones petrificadas, la tez pálida, la fisonomía abismada en un pensamiento silencioso, todo parecía semejarse á una estatua de la muerte, pero la muerte que atrae y roba el alma el sentimiento de las angustias humanas, y la transporta á los rayos de la luz y del amor, bajo los rayos de la vida y bienaventurada. El ruido de mis pasos sobre las hojas secas, le hizo abrir los ojos. Estos ojos eran de color de mar claro, ó de lapiz con rayas negras y un poco cubiertos por el abatimiento de la pupila, y guarnecidos por la naturaleza de esa fruncida de pestañas negras y largas que las miradas de Oriente buscan artificiosamente para recibir el acento de la mirada, y dar energía a la vida misma, y algo de salvaje á la voluptuosidad. La mirada de estos ojos parecía venir de una distancia que no he encontrado después en ningún ojo humano. Era semejante á los rayos de las estrellas que caen á heriros por la noche desde millones de leguas. La nariz griega, se unía por una línea casi sin interrupción á una frente elevada y estrecha, como la frente de una estatua hecha por un pensamiento fuerte; los labios eran pequeños, ligeramente deprimidos en los extremos de la boca por un pliegue habitual de la boca; los dientes, más bien de nácar que de marfil, como los de las jóvenes nacidas en las riberas del mar y en las islas; la cara de un óvalo que se adelgazaba hacia las sienas y debilitaba en la boca; la fisonomía, de un pensamiento, más bien que de un sér humano. Y sobre esta fantasía general de expresión, una languidez indecisa, entre el sufrimiento y de la pasión, que no permitía á la mirada separarse de esta figura sin llevarse su impresión impresa.

Era en fin, la aparición de una enfermedad misteriosa del alma, bajo los caracteres de la

ductora y majestuosa belleza que haya surgido nunca del sueño de un hombre sensible.

Yo la saludé respetuosamente al pasar delante de ella; mi actitud reservada y mis ojos bajos le pedían perdón por haberla distraído involuntariamente. Un ligero sonrosado tiñó sus mejillas pálidas cuando pasé junto á ella. Entré en mi aposento todo trémulo, sin saber qué frío de la noche se había apoderado de mí. Usted algunos minutos después que la joven entraba en su habitación, dirigiendo una mirada indiferente á mi ventana. La volví á ver del mismo modo, á las mismas horas, los días siguientes, en el jardín ó en el patio, sin tener jamás el pensamiento ni la audacia de acercarme á ella. La hallaba también algunas veces en los prados de las cabañas, guiada por niñas que arreaban el pollino en que iba y que le cogían fresas; otras veces en su barca por el lago. Yo no le daba otra señal de aproximación más que de un saludo respetuoso y grave; ella me lo devolvía con una melancólica distracción, y seguía nuestro camino por la montaña ó por el lago...

IX

Y sin embargo, me sentía triste y desorientado por la noche, cuando no la había hallado en todo el día. Yo bajaba sin saber por qué al jardín. Allí permanecía, á pesar del frío de la noche, con los ojos lavados en su ventana. Tenía dificultad en retirarme hasta haber entrevisto su sombra, á través de las cortinas, oído una nota de su piano, ó el timbre extraño de su voz.

X

El salón del cuarto que ella ocupaba por la noche, estaba contiguo al mio. Sólo se hallaba separado por

una puerta gruesa de encina, cerrada con dos barridos, ni con la menor curiosidad de penetrar en el secreto de esta soledad y la frágil muralla de nue-

Yo podía oír confusamente el ruido de sus pisadas, el crugido de sus vestidos, el que hacían las hojas del libro al volver las páginas. Se me figuraba que algunas veces oía hasta su respiración. Había colocado instintivamente la mesa en que escribía, yo había sacudido, al menos así lo creía, el colocaba mi luz junto á esta puerta, porque no podía conformarme tan sólo oyendo estos ligeros ruidos, sino que quería ligarme á la vida por momentos de vida cerca de mí. Me figuraba que estaba acompañado con esta aparición desconocida y profundamente desconocida que llenaba insensiblemente todo mi sér. En una palabra, tenía secretamente todos los pensamientos, deseos, aspiraciones ó profanaciones: hay que hacer un excepción de los deseos, todos los refinamientos de la pasión, sin embargo, en el de Antonina que no era antes de sospechar que estaba enamorado. El amor, una maravillosa puerilidad de sentimiento no estribaba para mí en tal ó cual síntoma, en una flor desprendida del tallo antes de haber mirada, en tal afán, en tal circunstancia exterior, en tal olor, en tal color, en tal perfume.

contra la cual hubiera podido defenderme, no hallaba, como esos miasmas invisibles esparcidos en la atmósfera que me rodeaba, en la estación moribunda; en el aislamiento de existencia; en la aproximación misteriosa de otra existencia: que se hallaba aislada también en estas largas excursiones que no me alejaban de mí, ó una de esas apariciones, uno de esos momentos más que para hacerme sentir mejor; en sus vestiduros vivos que atraviesan el cielo de nuestra montaña; en sus cabellos negros que el viento levanta sobre el borde de su batel, en sus ojos que se miraban en la escalera, en la luz de su ventana; en sus pasos que se oían en la habitación; en el roce de su pluma sobre el papel cuando escribía; en el silencio que se hacía cuando ella se iba; en su voz que se oía tan seductora hubiera llegado á esta madurez, cercana casi á la de los pasos de mi; en la fascinación, en fin, de la belleza fantástica, que yo había visto demasiado pronto á uno de aquellos sobre quienes hubiera fijado mirarla, y que volvía á ver cerrando los ojos, á través del muro como si hubiera sido transparente para mí.

Este sentimiento era puro como la luz del sol, como ella vivía sin duda en el suyo?

XI

Yo me decía todo esto á mí mismo para alejar de mí una idea involuntaria, desanimada, y sin embargo, deliciosa. Desdénaba hasta el pedir información. Creía indigno de mi estoicismo el intentar penetrar en lo desconocido. Encontraba más digno y también más dulce dejar flotar mi espíritu entre las nieblas de la duda.

XII

La familia del médico no tenía sin embargo el mismo orgullo de corazón para respetar este secreto. La curiosidad natural en los huéspedes de las casas, que viven de los extranjeros, interpretada a la mesa todas las circunstancias, todas las probabilidades, todas las nociones más fugitivas que se recogen acerca de la joven extranjera. Sin pretender, y aún evitando provocar la conversación, yo sentía lo poco que traspiraba esta vida misteriosa. Yo buscaba inútilmente la conversación. Todos los días, en todas las comidas se suscitaban de nuevo: hombres, mujeres, niños, bañistas, criados de la casa, guías de las montañas, bateleros; ella había admirado, se había movido, enternecido á todos sin hablarles. Ella tenía el pensamiento, el respeto, la conversación y la admiración de todos. Hay ciertos seres que iluminan que deslumbran, que arrastran todo a su esfera de atracción, sin pensar en ello, sin quererlo, y muchas veces hasta sin sospecharlo siquiera. Se diría que ciertas naturalezas tienen su sistema, como los planetas, y que hacen gravitar las miradas, las almas, los pensamientos de sus satélites, en sus propios movimientos. La belleza física ó moral es su poder; la fascinación es su cadena, el amor es su emisión. Se les sigue á través de la tierra, y hasta en el cielo adonde van á perderse en su juventud, y cuando ya no se les vé, el ojo queda como ciego y deslumbrado, y se deja de mirar donde ya no se ve nada. El vulgo conoce perfectamente y como por instinto

los seres superiores; yo no sé en qué signos. El los admira sin comprenderlos, como los ciegos de nacimiento que sienten los rayos del sol sin verlo.

XIII

De este modo supe que esta mujer vivía en París; su marido era anciano, ilustre en el último siglo por sus trabajos que habían hecho época en los descubrimientos del espíritu humano. El había adoptado a una joven extranjera, cuya belleza é ingenio lo habían admirado, á fin de dejarle á su muerte su nombre y sus bienes. Ella lo amaba como á un padre y escribía todos los días cartas que eran el diario de su alma y de sus impresiones; había caído hacía dos años en una languidez que había alarmado á su marido. Le habían aconsejado el cambio de clima y los viajes al Mediodía: como las enfermedades del anterior no le impidiesen acompañarla, la había confiado á una familia de sus amigos de Lausana, con la cual había recorrido la Suiza y la Italia; en fin, no habiendo bastado el cambio de clima para restablecer sus fuerzas, un médico de Ginebra, teniendo un gran efecto que al corazón, la había llevado á las aguas de Vichy, y debía volver por ella para acompañarla á París á la entrada del invierno. He aquí todo lo que me enteré de esta existencia, ya tan querida, y yo me sentía completamente indiferente. Yo sentí un poco de ternura hacia esta encantadora mujer, al verla en la flor de su juventud por una enfermedad que no apaga la vida sino afinando sus sensaciones, y encendiendo más y más la llama que amenaza de apagarse. Yo buscaba con la vista, cuando entraba á la extranjera en la escalera, algunas veces imperceptibles de sufrimiento en los extremos de sus labios, un poco pálidos, y alrededor de hermosos ojos azules, continuamente abatidos por el insomnio. Me interesaban sus encantos, y

mucho más esta sombra de la muerte, á través de la cual creía yo verla como un fantasma de la noche más bien que como una realidad. Eso fué todo. Nuestras dos existencias continuaron discurriendo tan próximas por el espacio, pero tan separadas por el incógnito, como desde un principio.

XIV

Cuando comenzaron á blanquear las primeras nieves en las copas de los pinos sobre las cimas de la Saboya, renuncié á mis excursiones por la montaña.

El calor suave de los últimos días de Octubre había concentrado en el fondo del valle. El aire templado todavía en las orillas y el agua del lago. La inmensa calle de álamos que conducía á él, recibía el sol del Mediodía, y me encantaba con el movimiento de las hojas y los murmullos producidos por el aire en las altas copas de los árboles.

XV

Pasaba una parte del día en el agua. Los bateleros me conocían, aún se acuerdan, según dicen, las largas navegaciones que les obligaba á hacer en los golfos más separados y en las ensenadas más vestres de las dos costas de Francia y de Saboya. Un joven extranjería se embarcaba también algunas veces al medio día, para dar paseos más cortos. Los bateleros, orgullosos de llevarla y atentos á los primeros síntomas de frescura, de nubes ó de viento que aparecían en el cielo, tenían mucho cuidado de evitarla; ellos preferían su salud y su vida al sacrificio de sus jornadas perdidas. Una vez tan sólo se embarcaron. Se habían prometido una travesía y una vuelta fáciles para ir á visitar las ruinas de la abadía

de Haute-Combe, situada sobre la orilla opuesta. Habían apenas andado las dos terceras partes de su camino, cuando una rafaga de viento, saliendo de las gargantas estrechas del Ródano, vino á sublevar las pacíficas olas como una brisa que los marineros llaman *carabinera*, y que, levantándose de súbito, hace zozobrar las embarcaciones al doblar el cabo en la mar. El pequeño batel, perdida su vela, y sostenido con dificultad por el balanceo de los dos remos tendidos por el marinero, fluctuaba como una cascara de nuez sobre las olas, cada vez más gruesas. La vuelta era imposible, y se necesitaba más de media hora de fatiga y de peligro antes de ponerse al abrigo bajo la sombra de las altas y escarpadas rocas de Haute-Combe. La suerte ó el destino que dirigía aquel día mi vela indecisa por el lago á la misma hora, me había hecho embarcar en un batel más fuerte, armado con cuatro remeros vigorosos. Iba á visitar, en una isla en el fondo del lago, á un pariente de mi amigo de Chambéry, llamado el señor de Chatillón. Tenía su castillo sobre una roca, en la cúspide de esta isla.

XVI

Ya estábamos á algunos golpes de remo nada más del puerto de Chatillón, cuando mis ojos, que se agolaban maquinalmente casi á pérdida de vista el batel de la joven enferma, se apercibieron de su desgracia, y de la lucha que su embarcación sostenía contra el golpe de viento. Viramos de bordo, mis remeros y yo. Nos metimos en el fondo del lago, y en plena tempestad, para volar al socorro del bajel, que parecía poco á poco bajo un horizonte movedizo de espumas. Larga y terrible fué la ansiedad de mi alma en la hora que empleamos en atravesar casi toda la anchura del lago, y en reunirnos al batel que me aguardaba. Cuando por fin lo alcanzamos, tocaba ya

á la orilla. Un fuerte oleaje lo arrojó á nuestra orilla sobre la arena, al pie de las ruinas de la abadía.

Nosotros lanzamos un grito de alegría. Nos precipitamos al agua para llegar antes en socorro al barco, y para llevar á la costa á la naufraga enferma. El pobre batelero, consternado, nos llamaba en ayuda con gestos de aflicción y gritos de dolor. Él nos señalaba con la mano el fondo de su barca, pero nosotros no podíamos ver todavía. Cuando llegamos, vimos á la joven señora tendida y desmayada en el fondo de la barquilla. Las piernas, el cuello y los brazos, cubiertos con una capa de agua helada, se alzaban como montones de espuma con la cara solamente fuera del agua, y la cabeza, como la de una muerta, apoyada contra el cajoncito de madera que sirve para encerrar en la popa las redes y las provisiones de los marineros. Sus cabellos flotaban alrededor de su cuello y de sus espaldas, como las alas de un pájaro negro medio sumergido á la orilla de un estanque. Su rostro, cuyos colores no se habían borrado repentinamente, tenían la calma del más tranquilo sueño. Era esa belleza sobrenatural que deja el último soplo de piro sobre la cara de las jóvenes muertas, como un rayo más encantador de la vida sobre la frente donde ella se retira, ó como el primer crepúsculo que anuncia la inmortalidad sobre las facciones que ella quisiera adivinar en la memoria de los que la sobreviven. Más la había visto y jamás la volví á ver tan divinamente transfigurada. ¿Era la muerte el día de esa celeste figura, ó quería Dios darme en esta primera y solemne impresión el presentimiento y la imagen de esta forma inmutable, bajo la cual estaba yo destinado á sepultar esta belleza en mi memoria, á verla allí eternamente, y á invocarla siempre?

XVII

Nos precipitamos en la barca para sacar á la muerta de su lecho de espuma, y para llevarla al or-

lado de las rocas. Puse la mano sobre su corazón, como la hubiera puesto sobre un globo de mármol. Aproximé mi oído á sus labios, como los hubiera aproximado á los labios de un niño dormido. El corazón palpitaba irregularmente, pero con fuerza; el pulso era sensible y tibio; conocí que no era más que un largo desmayo, consecuencia del terror y del frío del agua. Uno de los bateleros la levantó por los brazos, yo la tomé por la espalda y la cabeza, que se apoyaba en mi pecho. Así la llevamos, sin que diera señales de vida, hasta una casita de pescador, bajo la roca de Haute Combe, que servía de hostería á los bateleros cuando conducían curiosos á las ruinas. Consistía en una sala estrecha y oscura, ahumada, con una mesa llena de pan, de queso y de botellas. Una escalera de madera, que partía de la chimenea, conducía á un pequeño cuarto alumbrado por una taraboya sin vidrio que daba al lago. El espacio estaba ocupado casi del todo por tres camas, que se cerraban con puertas de madera, como hondos armarios. La familia se acostaba allí. La madre y dos hijas jóvenes de la casa, á quien entregamos la joven desmayada, retirándonos por desconfianza fuera de la puerta, la extendieron sobre un colchón junto á la chimenea, encendieron un fuego ligero con paja y ramas, la quitaron el vestido para secarlo, enjugaron sus miembros y el pelo, que chorreaba agua del lado, y después la llevaron, siempre desmayada, á una de las camas de la habitación; donde habían tendido sábanas calientes sobre una piedra tibia del hogar, según acostumbran los habitantes de estas montañas. En vano intentaron hacerla tomar algunas gotas de vinagre y de vino para que volviera en sí.

XVIII

Viendo perdidos todos sus cuidados, é inútiles todos sus esfuerzos, prorrumpieron en zollosos y gritos, que nos atrajeron á la casa.—«¡La señorita ha

muerto! ¡no hay remedio! ¡llamar al sacerdote! me preparaba en su misterio. Los espasmos del taban. Los bateleros, consternados, se unían en un sueño, que no eran bastante fuertes para reanimar-mujeres, y redoblaban el horror de estas lamentaciones, habían apartado la ropa y descubierto uno de nes. Yo me precipité hacia la escalera, entre sus hombros. Sus cabellos se enlazaban allí en grue-habitación, me incliné hacia la cama, iluminados anillos negros y ondulantes. Su garganta, medio davia por el crepúsculo; toqué su frente que se ocultaba por la almohada, se plegaba bajo el peso de distinguí el movimiento débil, pero regular de su cabeza, que caía hacia atrás, un poco inclinada respiración, que levantaba y dejaba caer alternamente sobre el carrillo derecho. Uno de sus brazos se ha-mente la sábana de cáñamo grueso que cubría escapado del cobertor, y se enlazaba en rededor cuerpo; hice callar á las mujeres, y dando un golpe en su cuello. Dejaba distinguir tan sólo la desnudez á uno de los bateleros más jóvenes, le mandé un codo de marfil, que se dibujaba sobre el color fuera á busear un médico. Me dijeron que habían de la camisa de grueso lienzo con que la habían á dos leguas de distancia, en una aldea situada al pie de las montañas. En uno de los dedos de la bre una de las mesetas del monte Chat. El batelero, sumergidos en los cabellos, veíase brillar marchó corriendo. Los otros se sentaron junto a una pequeña sortija con un rubí. Los jóvenes de la mesa, tranquilizados con la idea de que la señora se habían acostado, sin desnudarse, sobre el estaba muerta. Las mujeres iban y venían de la sala. La madre se había medio dormido sobre una coba á la sala, y del sótano al gallinero para sacar la gallina de madera, las manos y la cabeza apoyadas so-ner la cena. Yo me quedé sentado sobre un banco de madera, con el respaldo. Cuando el gallo cantó en el corral, harina de maíz, al lado de la cama junto á los alfileres, con sus zuecos en las manos, y descendie-con las manos cruzadas sobre las rodillas, y como si no hubiera ruido la escalera para marchar al trabajo. Yo ojos clavados en aquel rostro inmóvil y en las manos que me quedé solo.

las cerradas de la extranjera. Empezaba á hacer noche. Una de las jóvenes de la casa había cerrado el postigo de la claraboya y colgado una lámpara pequeña con pico de metal al muro, que proyectaba la luz sobre la ropa y la cara dormida, como un cirio que alumbraba una mortaja. ¡Ah, yo he visto así después otros rostros, pero no se han repetido más!

XIX

Acaso la mirada y el alma de un joven no se hubiera permanecido jamás durante tan largas horas, en una extraña y profunda contemplación. Sus pensamientos, entre la muerte y el amor, era incapaz de comprender la evangélica figura, dormida ante mis ojos, como un dolor, ó una adoración eterna la que aquella

XX

Los primeros resplandores del crepúsculo de la mañana comenzaban á filtrarse casi insensiblemente través de las hendiduras de las maderas de la ventana. La abrí, esperando que el aire fresco, matinal y balsámico del lago y de las montañas, y tal vez acaso el primer rayo de sol, ejercerían la influencia del despertar general de la naturaleza sobre aquella vida que habría deseado volver á la vida á costa de mi propio aliento vital. Un ambiente fresco casi glacial se esparció en el cuarto, y apagó la lámpara, casi consumida ya. Pero el lecho permaneció inmóvil. Oí á las pobres mujeres, que reunidas oraban debajo de mí, antes de dar principio á su diario trabajo. La idea de orar también surgió en

mi corazón, como surge en toda alma que agotadas sus fuerzas, y que tiene necesidad de una fuerza misteriosa y sobrehumana venga a suplir la impotencia de sus deseos. Me arrodillé el suelo, juntas las manos sobre el borde del fijos mis ojos en el rostro de la jóven. Oré largo tiempo hasta que las lágrimas se asomaron á mis ojos. Acabaron por inundarlos y por ocultarme la faz de la mujer cuyo despertar anhelaba de ver. Pasó el tiempo así muchas horas sin apercibirme de la duración del tiempo y sin sentir el dolor de millas sobre la piedra: tan absorta estaba mi alma en una sola sensación y en una sola voluntad. De repente, pasando maquinalmente la mano por mis ojos para enjugar las lágrimas, sentí una mano que tocaba la mia, y que caía dulcemente sobre mi cabeza como para apartar mis cabellos, descubriendo un semblante y bendecirme. Lancé un grito, y vi abrirse los ojos de la enferma; sus labios se sonreirieron, y su brazo extendido hacia mí para agarrar mi mano, y oí estas palabras: — «¡Oh, Dios! gracias: tengo un hermano».

XXI

El frío de la mañana la había despertado y yo oraba, con mi rostro anegado en lágrimas, sobre el lado de su lecho. Había tenido tiempo para pensar en el ardor de mi compasión y de mis oraciones. Había tenido reflexión bastante para reconocerme á mí misma que ya penetraba en el cuarto. Desmayada en el aislamiento y de la indiferencia, se despertó rodeada por la piedad, el interés y tal vez el recuerdo de un piadoso desconocido. Privada de todo contacto del alma en la flor abandonada de su jardín, había de repente encontrado á su lado la figura de un jóven hermano, y este nombre se había escapado

de mi corazón y de sus labios al recobrar el sentimiento de esta dicha con la sensación de la vida.

— «Un hermano? ¡oh, no señoral le respondí cogiendo la mano que me alargaba, y apartándola respetuosamente de mi frente, como si no hubiese sido digno de ser tocado por ella; ¿un hermano? ¡oh, no; yo soy sólo un esclavo, una sombra viviente de vuestros deseos, que no pide otra bendición al cielo ni más felicidad á la tierra que el derecho de acordarse de la noche, y conservar para siempre la imagen de la aparición sobrehumana que le hace desear seguir hasta la muerte, ó que sólo ella podría haberle soportado la vida!» A medida que estas palabras se escapaban de mis labios, y á media voz, las tintas rosadas de la vida se asomaban á sus mejillas; una sonrisa triste se esparcía alrededor de su boca como una incredulidad obscurada ante la dicha; sus ojos elevados hacia el cielo, parecían escuchar con la mirada, palabras que sólo respondían á sus pensamientos. Jamás el paso de la muerte á la vida y de un sueño á la realidad fué tan visible y tan visible sobre un semblante. Sorpresa, languidez, delirio, reposo, melancolía y dignidad, timidez y abandono, gracia y reserva; todo se reunió á la vez sobre sus facciones refrescadas por el tiempo, coloreadas por la juventud. Sus destellos brillaban la sombría alcoba tanto como la luz de la mañana. Hubo más palabras, más revelaciones, más confianzas, más vaguedad en aquel semblante que en este silencio que en millones de palabras. El rostro humano es la lengua de los ojos; la fisonomía de la juventud es una clave que la pasión recorre con una mirada. Transmite de un alma á otra, misterios de mucha intimidad que no tienen traducción en ningún idioma de la tierra. Mi fisonomía revelaba también sin duda un amigo á la mirada que se posaba con tanta avidez sobre mis facciones. Mis ojos húmedos todavía; los bucles castaños de mis largos cabellos, entrelazados en mis manos mil veces durante la noche; mi cuello, en que el pañuelo ensartado el lazo caía en pliegues; mis ojos, apa-

gados por la vigilia; mi tez, pálida por el insomnio y la emoción, el entusiasmo casi religioso que inclinaba ante aquella santidad de la belleza, friendo la inquietud, la emoción, el gozo, la soledad, la débil luz de aquel desnudo cuarto, en el cual permanecía en pie sin atreverme á dar un paso, como si hubiese temido que se desvaneciera el encanto de sueño tan divino; los primeros rayos del sol, en fin, que pasaban por la ventana y venían á deslumbrar mis ojos y á hacer brillar gotas de lágrimas mal secadas, todo debía dar una figura una fuerza de expresión y una transparencia de ternura que sin duda no volvería á tenerse una vez en el curso de una larga existencia.

XXII

No pudiendo soportar más tiempo el choque de estas emociones y la vibración interior de este entusiasmo, llamé á las mujeres. Subieron éstas, y proferieron en gritos de sorpresa, viendo aquella dirección que les parecía un milagro. En el mismo instante, el médico que había enviado ha llamado la víspera, entró. Recomendó el descanso y algunas infusiones de plantas de aquellas montañas que calman los movimientos del corazón. Tranquilizados todos diciéndonos que esta enfermedad de la multitud de las mujeres se calma frecuentemente en algunos años; que no era más que un exceso de sensibilidad que hacía asemejarse la superabundancia de la vida á la muerte, pero que no era jamás la muerte, nos de que penas interiores viniesen á agravar las causas morales y á convertirla en habitual melancolía y en incurable dificultad de vivir. Mientras las mujeres buscaban en los prados las yerbas que les recomendaba el médico, y las lavanderas repasaban la ropa mojada ó la planchaban en el piso bajo, yo fui á recorrer solo las ruinas de la abadía.

XXIII

Hallábase mi corazón demasiado lleno con mis propias impresiones para interesarse por las de aquellos monjes. El ascetismo y el entusiasmo de los primeros monasterios habían llegado á ser una profesión. Más tarde vidas sin lazos con sus hermanas y sin utilidad para el mundo se habrán evaporado en aquellos claustros, no dejando ni huellas ni raras sobre los sepulcros. Unicamente contemplé admirado la prontitud con que la naturaleza se apodera de los sitios vacíos y de las mansiones abandonadas por los hombres, y ví cuán superior es su arquitectura formada de arbustos, que se arraigan en los cimientos de espinos, de enredaderas, de ahelgas suspendidos de frondosas plantas que tienden un denso manto sobre las brechas de las paredes, á guisa de simetría de las piedras y al decorado incierto de los monumentos del cincel de los hombres. Hay más sol, más perfumes, más murmullos, más cantos salmodias de los vientos, de las aguas, de las aves, de los ecos sonoros del lago y de los bosques que en los pilares ruinosos, en las naves desmanteladas y bajo las bóvedas resentidas y pendientes de la antigua iglesia de la abadía, que en otro tiempo resplandecían con los ruidos de cirios, humo de incienso y de cantos monótonos en las ceremonias y procesiones que llenaban noche y día aquel recinto. La naturaleza es tan superior al gran sacerdote, el gran pintor, el gran poeta sacro, el gran músico de Dios. El nido de golondrinos en donde los hijuelos llaman y saludan al padre que se cuela por la madre bajo la cornisa carcomida de un antiguo templo; los suspiros del viento del mar que parecen traer bajo los claustros deshabitados de la abadía las palpitations de los cirios; los gemidos de la ola y las últimas notas de cánticos de los pescadores las emanaciones embalsamadas que cruzan en momentos la nave; las flores que se deshojan y

cuyos estambres llueven sobre las tumbas, el eco sonoro y prolongado de los pasos del infinito de impresiones, como lo era en otro tiempo el monasterio en todo su esplendor. Unica-
había algunos hombres de menos con sus
bles pasiones comprimidas por el estrecho
en donde las habían confinado pero, en
veía más á Dios; porque en ninguna parte
serva su poderío como en el seno de la
Dios, cuyo esplendor sin sombra parece
ánimo á aquellas tumbas con los vivificantes
del sol.

XVIV

No era yo en aquel momento asaz dueño
pensamientos para poderme dar cuenta á mí
de aquellas vagas reflexiones. Me encontré
mo un hombre á quien se le acaba de descargarse
un peso inmenso, y que respira á sus anchas
diendo sus músculos contraídos, y caminando
todos lados en todo su vigor, como si fuese á
rar el espacio y aspirar todo el aire del cielo
pulmones. Ese peso de que me veía aliviado
propio corazón. Al entregarle, me parecía,
vez primera, haber conquistado la plenitud
vida. El hombre ha sido creado de tal modo
amor, que no llega á sentir que es hombre
día en que tiene la conciencia de amar plenamente.
Hasta ese momento busca, se inquieta, se
divaga en sus pensamientos: desde entonces
para, descansa, y se halla en el fondo de su
tino.

Me senté sobre la pared, entapizada de yedra
una inmensa y elevada terraza desmantelada
dominaba entonces el lago, con las piernas col-

sobre el abismo y los ojos errantes sobre la inmen-
sidad luminosa de las aguas, que se confundían con
luminosa inmensidad del cielo; no hubiera po-
sita los subterráneos en donde duermen los
lago, tan confundidos se hallaban los
de la línea del horizonte. Parecíame que
yo mismo en el puro éter, y que me abisma-
ba en el océano universal. Pero la alegría interior en
Pero la alegría interior en
que nada era mil veces más infinita, más lumino-
y más inconmensurable que la atmósfera con
que me confundía de aquella manera. Me habría
de aquella manera. Me habría
imposible definirme á mí propio aquella ale-
ria ó más bien aquella serenidad interior. Era co-
mo un secreto sin fondo que se hubiese revelado en
mi por sensaciones y no por palabras; una cosa pa-
recida sin duda á esa sensación del ojo que se abre
la luz después de las tinieblas, ó de una alma mística
que cree poseer á Dios. Una luz, un deslumbramiento,
una embriaguez sin vértigo, una paz sin
aniquilamiento y sin inmovilidad. Habría vivido en
ese estado tantos millares de años como olas envia-
ba el lago á la arena de su playa, sin advertir que
viviese más segundos que los que empleaba cada
respiración mía. Así debe ser la cesación del senti-
miento de la duración del tiempo para los inmorta-
les del cielo; ¡un pensamiento inmutable en la eter-
nidad de un momento....!

XXV

Esta sensación no estaba precisada, articulada, ni
definida en mí: era demasiado completa para ser
medida, demasiado una para ser divisible por el
pensamiento, ni aun susceptible de ser analizada
por la reflexión. No era ni la belleza sobrenatural de
la criatura á quien adoraba, porque la sombra de la
muerte estaba interpuesta todavía entre aquella be-
lleza y mis ojos, ni el orgullo de ser amado por ella,
porque ignoraba si yo era para ella otra cosa que

una visión de la mañana en sus ojos; ni la esperanza de la posesión de sus encantos, porque mi amor era infinitamente superior á esas viles satisfacciones de los sentidos para rebajar hasta ellas mi pensamiento; ni la vanidad satisfecha de poder haber ganado la conquista de una mujer, porque esa vanidad jamás ha hallado cabida en mi alma, y yo tenía á nadie en aquel desierto ante quien probar mi amor descubriéndolo para gloriarme de él; ni la esperanza de encadenar aquel destino al mío, porque yo sabía que pertenecía á otro; ni la certeza de verla y la felicidad de seguir sus pasos, porque yo estaba más libre que ella, y dentro de algunos años el destino iba á separarnos; ni, últimamente, la esperanza de ser amado, porque ignoraba el sentimiento de su corazón y sólo sabía algo, por el ademán y la palabra de reconocimiento que me había dirigido cuando me encontré arrodillado junto á su lecho.

XXVI

Era otra cosa; era el sentimiento desinteresado,

puro, tranquilo, inmaterial: el reposo de haber hallado al fin el objeto buscado siempre y nunca contradicho de esa adoración que sufre por falta de un ídolo, de ese culto vago é inquieto por falta de un objeto á quien tributarlo, que atormenta el alma con la suprema belleza, hasta que hemos entrevisto el objeto de ese culto, y nuestra alma se ha adherido á él como el imán, ó se ha confundido y aniquilado en ella como el soplo de la respiración en las alas del aire respirable.

¡Cosa extraña! no sentía vehementes deseos de volverla á ver, de oír su voz, de acercarme á ella, de conferenciar en libertad con ella, que era ya todo mi pensamiento y toda mi vida. Yo la había visto, y yo la llevaba conmigo: nada podía arrebatarme ya á mi amor, aquella posesión: de cerca, de lejos, ausente ó presente, la llevaba dentro de mí mismo; todo lo demandado por mí en un sér que reunía á mis ojos todos

era indiferente. El amor completo es paciente, porque es absoluto y se siente eterno. Para arrancarme habría sido preciso arrancarme el corazón. Sentía ya aquella imagen tan mía, como la luz es del ojo que una vez la ha mirado; como el aire es del pecho que una vez lo ha respirado, como el pensamiento es del alma que una vez lo ha concebido. Desafiaba al universo á que me pudiera arrebatarme esa aparición de mis deseos. La había visto, y eso bastaba, para la contemplación, ver es gozar. Apenas me importaba casi que ella me amase ó que pasara por delante de mis ojos sin divisarme. Su esplendor me había tocado, y permanecía envuelto con sus rayos. Ella no podía ya retirarlos de mí, como el sol no puede recoger aquellos con que ha inundado ya una vez á la naturaleza. Sentía que no había en mi corazón ya noche ni frialdad en mi corazón, aunque debiese vivir mil años, porque ella luciría siempre en él, como lucía en aquellos instantes.

XXVII

Esta convicción daba á mi amor la seguridad de ser inmutable, la calma de la certidumbre, la plenitud de lo infinito, la rebosadora embriaguez de una alegría insaciable. Dejaba pasar las horas sin contarlas, en la creencia de que tenía delante de mí horas sin fin. Podía separarme por espacio de un siglo de aquel sér, sin que ese siglo pudiera disminuir ni un solo instante la eternidad de mi amor. Iba, venía, me sentaba, volvía á levantarme, corría, acertaba mis pasos, y caminaba sin tocar la tierra, como esos fantasmas que sostiene en los aires la impalpabilidad de su naturaleza aérea, y que se deslizan por el suelo sin dejar en él huellas. ¡Abría mis brazos al aire, al agua, á la luz, como si quisiese estrechar á la naturaleza y darle gracias por haberse encarnado y aniquilado por mí en un sér que reunía á mis ojos todos

sus misterios, todo su esplendor, toda su vida, su embriaguez! Hincábame de rodillas sobre las gradas ó sobre los abrojos de las ruinas sin sentir al pié de los precipicios sin verlos. Gritaba palabras inarticuladas, que se perdían en el ruido de las bulliciosas del lago y lanzaba en el azul del cielo prolongadas y penetrantes miradas como para cubrir en él al mismo Dios y asociarle por el hecho de mi reconocimiento al éxtasis de mi felicidad. Yo era ya un hombre, era un himno viviente que cantando, cantando y dando gracias, adoraba y reía en efusiones mudas; un corazón embriagado, alma loca, que agitaba y paseaba á orillas de los abismos un cuerpo que había perdido la idea de la materialidad, y que no cría ya ni en el tiempo, ni en el espacio, ni en la muerte. Hasta tal punto el goce que acababa de brotar en mí, me daba el sentimiento, el goce anticipado y la posesión aparente de la inmortalidad.

XXVIII

Yo no me apercibí del curso del tiempo hasta que el sol de mediodía tocaba ya la cima de los lienzos de pared de la abadía. Bajé saltando, á través de los bosques, de roca en roca y de tronco en tronco. Mi corazón latía hasta querer saltárseme del pecho. Me acerqué á la pequeña posada, ví, en una cueva, una ta que había detrás de la casa, á la joven enferma sentada al pié de una pared; los habitantes del desierto habían amontonado algunas piedras contra aquella pared. Su blanco vestido brillaba con los rayos del sol sobre el verdor de la pradera. La sombra de un haz de heno resguardaba su semblante. Ella estaba leyendo un librito que tenía abierto sobre sus rodillas, y se distraía de vez en cuando de su lectura para jugar con los niños de la montaña que venían á presentarle flores y castañas. Al divisarme se levantó como para venir hacia mí. Aquel ademán

estó para animarme á acercarme á ella. Recibiómela embriagándose y con un temblor de labios que no se escapó á mis ojos y redobló mi propia timidez. Lo extraño de nuestra situación nos embarazaba á ambos por tal suerte, que permanecíamos mucho tiempo sin acertar á decirnos cosa alguna. Al fin hizo ella un ademán como para invitarme á que me sentara junto al haz de heno no lejos de donde ella estaba. Yo creí ver que me aguardaba y me había conservado en el mismo sitio. Sentéme respetuosamente algo distante de ella. El silencio continuaba siempre el mismo, y se veía la inocencia que buscábamos ambos, sin poder hallarlas, algunas de esas palabras triviales que se cambian como una moneda falsa de conversación, y sirven para ocultar los pensamientos en vez de revelarlos. Así permanecemos un buen rato. Continuamos con la misma mudez, y aquel silencio aumentaba nuestro rubor. Al fin, habiéndose encontrado nuestras miradas en su foco al levantar á un mismo tiempo nuestros ojos, ví tantos abismos de sensibilidad en su mirada, y ella debió ver sin duda tanto impulso reprimido, tanta inocencia y tanta profundidad en la mía que no pudimos apartarlas, yo de su rostro ni ella del mío, y agolpándose á la vez en ellos las lágrimas de nuestros dos corazones, llevamos instintivamente las manos á nuestros ojos como para ocultar nuestros pesares.

Ignoro cuantos minutos permanecieron de aquel modo. Por último, con voz trémula, pero con algo de violencia y de impaciencia en el acento me dijo: «Me habéis concedido vuestras lágrimas, os he llamado hermano mío; me habéis adoptado por hermano, ¿y no nos atrevemos á hablarnos? ¡Una lágrima, continuó; una lágrima desinteresada de un desconocido es más de lo que vale mi vida, y más de lo que me ha dado nunca!»—Después continuó en tono de suave reproche.—«¡Habré llegado á ser una persona extraña para vos desde que dejé de necesitar de vuestros cuidados? ¡Oh, en cuanto á mí, quisguis siguió con acento de resolución y seguridad, no os acordéis de vos más que vuestro nombre y vuestro sem-

blante, pero sé vuestra alma! ¡Un siglo no puedo temple; mi madre, mujer de exquisita sensibilidad; educada en su juventud por la elegancia de las letras; mis hermanas, jóvenes de piadosa y angelical sencillez: mi educación por la naturaleza, en ser que vive con nuestra vida, y se halla unido á los hijos de las montañas de mi país: mis estudios, mi ociosidad forzada; mis viajes: mi prisión necesito saber una cosa, y es que habéis experimentado estremecimiento de corazón con la joven del escador de Nápoles; mis malas amistades á mi recordarlo siempre.—¡Oh, no os engañéis á Paris: las ligerezas, los desórdenes, las verdaderas fuerzas de mi mismo á que me habían arrastrado zada de vuestro corazón, pues sufriría terriblemente aquellas relaciones; mi ardor por la profesión militar, frustrado por la paz en el momento en que yo en mi más que lo que soy; una pobre mujer que estaba en el ejército: mi salida del regimiento; mis desfallos en el desaliento y en la soledad de sus hijos sin objeto; mi regreso sin esperanzas al hogar nía, y que no llevará de la tierra nada más que el eterno; las melancolias de que me sentía devorado; que un poco de compasión. Ya lo veréis cuando el deseo de morir: el desencanto de todo y por último diga quién soy, añadió, pero antes decidme una languidez física, resultado del cansancio del alma, que me tiene inquieta desde el día en que os vi que bajo los cabellos, bajo las facciones y bajo la el jardín. ¿Por qué siendo tan joven y de figura oscura aparente de veinticuatro años ocultaba la tan dulce, estáis tan sólo y tan triste? ¿Por qué me hecoz caducidad del alma y el desprendimiento de siempre de la presencia y de la conversación de la tierra de un hombre maduro y cansado de la vida.

—«Y yo, señora, le dije balbuceando, ¿cómo he de llegar á saber jamás nada de cuanto hace de vos? ¿Cómo he de saber que vive con nuestra vida, y se halla unido á los hijos de las montañas de mi país: mis estudios, mi ociosidad forzada; mis viajes: mi prisión necesito saber una cosa, y es que habéis experimentado estremecimiento de corazón con la joven del escador de Nápoles; mis malas amistades á mi recordarlo siempre.—¡Oh, no os engañéis á Paris: las ligerezas, los desórdenes, las verdaderas fuerzas de mi mismo á que me habían arrastrado zada de vuestro corazón, pues sufriría terriblemente aquellas relaciones; mi ardor por la profesión militar, frustrado por la paz en el momento en que yo en mi más que lo que soy; una pobre mujer que estaba en el ejército: mi salida del regimiento; mis desfallos en el desaliento y en la soledad de sus hijos sin objeto; mi regreso sin esperanzas al hogar nía, y que no llevará de la tierra nada más que el eterno; las melancolias de que me sentía devorado; que un poco de compasión. Ya lo veréis cuando el deseo de morir: el desencanto de todo y por último diga quién soy, añadió, pero antes decidme una languidez física, resultado del cansancio del alma, que me tiene inquieta desde el día en que os vi que bajo los cabellos, bajo las facciones y bajo la el jardín. ¿Por qué siendo tan joven y de figura oscura aparente de veinticuatro años ocultaba la tan dulce, estáis tan sólo y tan triste? ¿Por qué me hecoz caducidad del alma y el desprendimiento de siempre de la presencia y de la conversación de la tierra de un hombre maduro y cansado de la vida.»

Aguardaba ella con ansiedad visible y los gestos y sobre aquel desaliento de mi vida, gozados bajos, para ocultar la impresión que iba á interiormente, porque ya no los sentía. Una sola darle mi contestación.—«Ese secreto, le dije, mirada me había regenerado enteramente, y hablada de mí como de un ser muerto: era otro hombre. sentir el peso de mi corazón, á quien ningún en Cuando hube acabado levanté hacia ella mis ojos, asiasmo agitaba hasta ahora en mi pecho, y que como si fuera mi juez, y vi que estaba toda trémula pués de haber intentado muchas veces inspirar llena de emoción:—«¡Dios mío, exclamó: cuánto tímientos incompletos, me he visto obligado á me habéis hecho temblar!—¿Y por qué? le dije.—Si pre á recogerlo con amarguras y disgustos que o hubieseis sido desgraciado ni hubieseis estado pesar de mi juventud, me han arrebatado estado en este mundo, habría existido entre los dos siempre el deseo del amor. slado en este mundo, habría existido entre los dos

Entonces le conté, como lo habría dicho á una armonía al menos. ¡No habrías sentido la necesidad de compadecer á alguien, y yo hubiera abandonado la vida sin haber vislumbrado siquiera la sombra de mi alma en otra parte que en el espejo

XXIX

que se reflejaba mi fría imagen!... La historia de vuestra vida, prosiguió ella, cambiando el sexo y las circunstancias, es la historia de mi propia vida. Hay más sino que la vuestra principia y la mía termina.

Yo la impedía concluir.—¡No, no! exclamé con una sorda voz pegando mis labios á sus pies y rodeándolos convulsivamente con mis brazos, como para tenerla sobre la tierra: ¡no, no: no concluye, no concluye, concluye para dos!...» Temblé por el miedo que había hecho y por el grito que involuntariamente se me había escapado, y no me atreví á levantar mi rostro de la tierra de donde ella se había retirado sus pies.—«Levantáos, me dijo con voz suave, pero sin cólera; no adoréis un polvo mil veces más polvo que el que ensucia vuestros hermosos rostros, y que desaparecerá ligero é impalpable como un soplo de otoño. No forméis un juicio equivocado acerca de la pobre criatura que tenéis delante de vos, pues no es más que la sombra de la juventud, la sombra de la belleza, la sombra del amor que debéis quizá sentir é inspirar algún día, cuando la sombra haga mucho tiempo que haya desaparecido. Guardad vuestro corazón para las que deben vivir, no me deis más que lo que se dá á los moribundos: una mano dulce para sostenerlos en el último momento de la vida, y una lágrima para llorarlos...»

XXX

El tono grave, reflexivo y resignado con que pronunció estas palabras, me hizo templar hasta el fondo de mi corazón. Sin embargo, al levantar los ojos hacia ella, al ver los tintos matizados de la luna poniente que iluminaban aquel rostro, en donde la juventud de las facciones y la serenidad de la expresión resplandecían cada vez más, como si se hubiera levantado un nuevo sol en aquel corazón, no pude creer que la muerte estuviese oculta bajo aquellos brillantes síntomas de vida. Por otra parte, ¿qué importaba? ¿Si aquella angelical aparición de

la muerte. enhorabuena; la muerte era lo que yo necesitaba. Quizá en eso mismo existía el amor intenso y completo de que me sentía sediento: quizá los besos no me mostraba un resplandor próximo á extinguirse sobre la tierra, sino para hacérmelo seguir, guiado por ese rayo hasta la tumba y hasta el cielo.

—«No soñéis así, me dijo, y escuchadme.»

Pronunció éstas palabras, no con el acento de una amante que da un tono serio á sus palabras, sino con la expresión de una madre joven todavía ó de una hermana de más edad y reflexión que tratan de persuadir á un hermano ó á un hijo:—«No quiero que os dejéis llevar de una vana apariencia, de una ilusión, de un sueño: quiero que sepáis á quién engañáis tan temerariamente un corazón que yo no podría retener sino engañándole. La mentira la he conocido siempre por tan odiosa, que ni aún querría la suprema felicidad del cielo, si fuera preciso engañar al cielo para conseguirla. La felicidad adquirida de este modo, no sería para mí felicidad, sino redimimiento.»

Yo, hablando así, un candor tan grave en sus palabras, tal sinceridad en su acento, y tal limpidez en los ojos, que creí ver á la verdad inmortal sentada en aquella forma pura, en presencia del sol, abriendo su voz al oído, su mirada á los ojos, su alma al corazón. Recostéme á sus pies, á orillas del haz de paja, con la cabeza apoyada sobre mi mano derecha, todo en tierra, y mis ojos fijos en sus labios, de modo que no quería perder ni una reflexión, ni un momento, ni un suspiro.

XXXI

—«Yo he nacido, continuó, más allá de los mares, en el país de Virginia, pues la imaginación del poeta ha hecho una patria en su ensueño en una de las islas del trópico. Debéis conocerlo en el color de